

reforestadores en la institucionalidad costarricense. En ocho años de desarrollo forestal *campesino*, estas familias han logrado reforestar alrededor de 25 mil hectáreas, una cuarta parte del total nacional (Solis, 1993). Sin los certificados de abono forestal y las leyes que los protegieron ello no habría sido posible.

El nuevo proyecto de ley forestal recién presentado por la Administración Figueres a la Comisión Permanente de Asuntos Agropecuarios y Recursos Naturales de la Asamblea Legislativa, pretende introducir cambios fundamentales en la legislación

relativa a la participación campesina en el desarrollo forestal. ¿Qué implicaciones futuras podría traer para los campesinos la aprobación de ese proyecto de ley forestal? ¿Por qué la Administración Figueres propone la eliminación de los Certificados de Abono Forestal? ¿Se abre alguna nueva opción para los campesinos si el proyecto de ley fuera aprobado? En el próximo número de AMBIEN-TICO nos ocuparemos de la respuesta a esa interrogante.

Referencias:

- RODRIGUEZ, C.R. 1993. **Tierra de labriegos. Los campesinos en Costa Rica desde 1950.** San José: Programa FLACSO Costa Rica. 242 ps.
- RODRIGUEZ, S.; VARGAS, E. 1988. **El recurso forestal en Costa Rica. Políticas públicas y sociedad.** Heredia: Editorial UNA. 251 ps.
- SOLIS, M. 1993. **JUNAFORCA. Una experiencia de organización campesina.** San José: JUNAFORCA-FAO. 46 ps.
- VARGAS M., E. 1990. *Desarrollo forestal campesino y medio ambiente en Costa Rica.* UNA VISION. Año VI, No. 13: 10-11.

La inopia de la sociología y las ciencias sociales frente al ambiente

Por Eduardo Mora Castellano

Los sociólogos costarricenses, como tampoco los de otras latitudes, no fuimos dotados en la universidad del instrumental necesario para tratar ni cognoscitiva ni transformativamente el ambiente, es decir, la *relación sociedad-naturaleza* (éste es el preciso sentido dado aquí al concepto *ambiente*). No se nos instruyó sobre lo natural ni tampoco se nos interesó en aquellas

estructuras y prácticas sociales encargadas de articular a la sociedad con la naturaleza. Ellas, en tanto tales, en nuestros planes de estudio no importaban.

La sociología, nacida para el estudio de la sociedad moderna posterior a la revolución industrial, que es la sociedad más "separada" de la naturaleza que en el planeta ha existido, es una ciencia no facultada genéticamente para el estudio de la relación sociedad-naturaleza, o sea, del ambiente.

Las ciencias para las que sí contaba la naturaleza y su juntura con la sociedad eran la economía y la antropología. Esta, por ser la destacada en el estudio de los pueblos prehistóricos, es la disciplina que tiene que vérselas con sociedades aún muy estrechamente ligadas a lo natural, en las que la totalidad de sus prácticas se efectúan dentro de ecosistemas escasamente artificializados, sociedades constituidas por sujetos cuyo intercambio energético con la naturaleza (en comparación con las sociedades posteriores) está apenas tenuemente mediatizado por la parafernalia de las instituciones sociales. A este peculiar objeto de estudio de la antropología corresponde, obviamente, una metodología de investigación susceptible de ser manipulada y enriquecida para acometer el estudio de la relación sociedad-naturaleza.

Pero los sociólogos nos hemos acercado a la naturaleza y a su interacción con lo social principalmente a través de la ciencia económica, que nos informa sobre producción de bienes y servicios a partir de los recursos naturales. Nos habla, pues, de la relación entre la sociedad y la naturaleza, pero no de esta relación en su globalidad ni en su estructura, sino sólo de un fragmento de ella, de una franja o parte suya: la conexión entre el aparato productivo y aquellos elementos de la naturaleza económicamente aprovechables (los recursos naturales). Y esta conexión, por cierto, es secundaria dentro de su objeto de estudio; no es ella, en absoluto, el tema de su discurso. A la economía le interesa la naturaleza como un dato de partida; la considera simplemente una parte más dentro de las condiciones de la producción económica. Incluso la reciente economía ecológica, que -siguiendo la huella de la economía ambiental pero sobrepasándola- ha ampliado su campo de mira no sólo llamando

a la internalización (o contabilidad) de las llamadas externalidades económicas sino también comprendiendo en su análisis todo el medio ecosistémico en que se enclava la producción económica (Daly, 1990), incluso ella, sí, sigue teniendo como objeto de estudio la estrecha relación entre (a) agentes y prácticas económicas y (b) las partes y funciones de la naturaleza implicadas -directa o indirectamente- por aquellos agentes y prácticas. Es decir, la economía, aun la apellidada ecológica, no aborda ni investigativa ni prácticamente la relación sociedad-naturaleza y se circunscribe al tratamiento de sólo un fragmento o franja de esa relación, la referente a la explotación y uso de la naturaleza para la producción de bienes y servicios. Dejar de hacer esto sería perder su esencia, su rasgo distintivo.

La economía, pues, no ofrece una ayuda valiosa a aquellos ansiosos por entender la relación entre la sociedad y la naturaleza en su globalidad y en su estructura. Empero, el apoyo en aquella ha sido desesperadamente frecuente de parte de sociólogos formados en planes de estudio universitarios con impronta economista fuerte.

Desde hace unas cuatro décadas la sociología tiene una rama, la sociología rural, cuyo desarrollo ha brindado algunos elementos para la intelección de la relación sociedad-naturaleza. Dado que los recursos naturales son inescamoteablemente protagónicos en esta relación, y que no están en las ciudades sino en los ecosistemas rurales (y también en los ecosistemas naturales, que son colindantes con los rurales), los estudios sociológicos sobre lo rural devienen atingentes a la relación sociedad-naturaleza, porque ellos consideran destacadamente los recursos naturales. Mas los consideran sólo en virtud de su presencia constante y preponderante en las relaciones

sociales rurales y no por su protagonismo en la relación sociedad-naturaleza. Esta no interesa; es en función de lo estrictamente social que importa lo natural. O sea, tales estudios rozan el tema de las relaciones entre -por un lado- la sociedad y -por el otro- los recursos naturales y el medio ecosistémico en general, gracias a que la sociedad rural mantiene interacciones especialmente intensas con los recursos naturales y, en general, con la naturaleza, su medio ecosistémico es significativamente menos artificializado (menos "desnaturalizado") que el de la sociedad urbana.

Pero la sociología rural, rigurosamente vista, se mantiene ajena al corazón y verdadera sustancia de lo ambiental. No obstante lo cual, dada la inopia científica frente a la relación sociedad-naturaleza, los sociólogos suelen valerse de tal rama de su ciencia para acercarse a la comprensión de por lo menos algunos aspectos de aquella relación.

Dentro de la misma sociología hay otra corriente o enfoque que toca también lo ambiental, desde un ángulo muy distinto y de una manera menos indirecta, mas tampoco pretende dar cuenta de la relación entre sociedad y naturaleza. Tal corriente o enfoque es la ecología humana, cuyos orígenes están en los estudios en sociología urbana de la *Escuela de Chicago* en los años 20. Esta disciplina lo que hace es estudiar la sociedad con el modelo de la ecología, por lo que resultan relevados conceptos no propios, o por lo menos no centrales, de la sociología ni las ciencias sociales sino de la ecología: ecosistema, nicho, territorio, energía, simbiosis, comensalismo, adaptación, evolución, comunidad, equilibrio, etc. El foco de su interés está en la organización social, la cual -postula Hawley (1991)- se da en función de la adaptación al entorno biofísico (este entorno es denominado

ambiente). La organización es considerada un *ecosistema*, el cual, curiosamente, se deja deslindado de dicho entorno y es concebido como un orden de dependencias mutuas (entre unidades sociales) cuyo cometido es mantener una relación viable con el entorno biofísico. O sea, la ecología humana estudia el ecosistema humano pero éste no incluye al entorno biofísico, sino que es puramente social. La sociedad y su entorno biofísico son, por principio epistemológico, considerados como integrados, pero tal entorno no importa mucho en sí mismo y es incluido en el análisis solamente en función de la comprensión de la organización social. Interesa su articulación con lo social y se mantiene como referencia permanente, pero no es parte o dimensión central del objeto de estudio.

De *sociología ambiental* se habla desde los años 70. Ella, define Buttel (1987), ha consistido en ciertas prácticas investigativas y ciertos saberes referentes, principalmente, a los siguientes campos : (1) actitudes, conductas y valores ambientales, (2) movimiento ambientalista, (3) riesgo tecnológico y evaluación de riesgos, (4) economía política del ambiente y política ambiental, (5) evaluación de impacto social, (6) ambiente construido y (7) "nueva ecología humana", campo este último que constituye el núcleo de la tal sociología ambiental, según ese autor. Y es denominada *nueva* a causa de desviarse de la ecología humana "clásica" al plantear que las sociedades modernas en vez de tender al equilibrio con el medio natural que les da sustento tienden a lo opuesto: a exacerbar la degradación ambiental y la destrucción de los recursos. Otros autores han entendido por sociología ambiental simplemente la ecología humana, sin contemplar los otros campos -o por lo menos no todos ni de la misma manera- que Buttel

incluye en la subdisciplina por el mero hecho de que los autodenominados sociólogos ambientales, en E.U., así lo consideran.

A través de la enunciación de los campos o temas que incluye la llamada sociología ambiental -exceptuando el componente ecología humana, que ya se ha comentado más atrás- se hace evidente que en ellos se considera la naturaleza -a semejanza de como se hace en la sociología rural- nada más que para entender mejor la sociedad. El objeto de estudio sigue siendo ésta, ciertas prácticas suyas, ciertas formas suyas que la ponen en relación más o menos directa con el medio natural.

No obstante los señalamientos críticos que sobre la ecología humana se han hecho, esa parece ser la disciplina o enfoque científico social más rico metodológica y conceptualmente de cara al estudio de la relación sociedad-naturaleza, seguido por la antropología, que tiene un modo de abordaje de su objeto de estudio homólogo al de la ecología humana. Su vinculación metodológica y conceptual con la ecología (tanto la general como la vegetal), con la que establece una relación de casi continuidad, la coloca en una ventajosa posición para poder construir e

investigar un nuevo objeto de estudio que efectivamente sea la relación sociedad-naturaleza, o sea (en nuestros términos), el ambiente, para lo cual los conceptos de sistema y de ecosistema lucen ser piedras angulares. Y es que no podrá haber ningún pensamiento ni acción sociológicos sobre el ambiente sin el apoyo de la ecología.

Empero, en Costa Rica -ni en muchos otros lugares de los que tenemos conocimiento- ésta no ha sido la orientación que han seguido los sociólogos interesados por el ambiente, como tampoco han estado ellos atentos a los derroteros de la antropología. Más se han nutrido de, o por lo menos coqueteado con, la economía y la sociología rural, o quedado a merced del empirismo sin apellido, de la indigencia científica.

Es menester potenciar la revisión crítica de la experiencia sociológica ambientalista hecha hasta hoy, y la discusión sobre ella a la luz de viejas y nuevas teorías y prácticas científicas en torno al ambiente, para enrumbarlos a un tratamiento de los problemas ambientales imaginativo y certero en su intelección y realista y equitativista en las soluciones.

Referencias

- Buttel, F. 1987. "New directions in environmental sociology", en ANNUAL REVIEW OF SOCIOLOGY. 1987. 13: 465-88.
 Daly, H. 1990. STEADY-STATE ECONOMICS. Island Press.
 Hawley, A. 1991. TEORIA DE LA ECOLOGIA HUMANA. Tecnos. Madrid.

Los indios son los perdedores en la guerra amazónica*

Por Josep M. Fericgla

Como siempre que hay conflictos en Latinoamérica, los indígenas acaban pagando la mayor parte de platos rotos.

Los shuar son el grupo más importante de la gran familia de lingüística jibaroana (conocidos popularmente como jíbaros, aunque a ellos les resulta insultante ser llamados así). En la actualidad,